



Son ya ocho semanas de confinamiento. A fecha de hoy, 15 mayo, yo he vivido, por suerte o por desgracia, tres semanas de esos dos largos meses. Volví de Guinea el 21 de abril, y, creo que, por suerte he podido sentir lo que es vivir esta situación en dos continentes, a los que les separa muchas diferencias culturales, pero les une, la misma necesidad de protección, de seguridad...

En Guinea Ecuatorial las escuelas se cerraron prácticamente al mismo tiempo que aquí en España, pero el gobierno no ordenó el confinamiento, así que, otra vez por suerte, no he tenido esa experiencia hasta que he llegado aquí.

Cuando supimos allí lo que aquí ocurría, nuestras primeras reacciones eran de preocupación por nuestros amigos, seres queridos, compatriotas, y después, nuestro pensamiento saltaba a nuestros seres queridos de Guinea. Un país donde con dificultad se atiende a los enfermos en condiciones normales, ¿cómo podría afrontar una situación como la que presentaban los medios de comunicación en España? El panorama se nos hacía duro y triste de imaginar.

Habréis oído ya muchos testimonios sobre cómo vivir esta situación como cristianos, ¿qué hacer si te consideras discípulo de Cristo? Pues, la respuesta para mí, es la que habréis escuchado una y otra vez, y que es una llamada a la vida, una canto a la esperanza: **en medio de tanta desesperación, solo hay una respuesta, la misma que nos dio nuestro Maestro: el amor.**

El Señor nos envía, con pandemia y sin pandemia, a sanar los corazones desgarrados, porque nos salva cuando buscamos la salvación de otros. Eso es lo que las hermanas que trabajan en Evinayong y Bata (y tantas otras religiosas de nuestra congregación, de otras familias religiosas, hombres y mujeres de toda condición comprometidos con el dolor...) están haciendo ahora, y vienen haciendo desde hace años.

La respuesta ante esta enfermedad y sus consecuencias es amar. Lo mismo que se nos pide ante el sufrimiento de tantos hombres y mujeres, que antes de que el Covid entrara en nuestra vida, ya experimentaban hambre, soledad, guerras, injusticias, aislamiento. Todo queda sanado por el amor. El amor de la hermana Paula, Luna, Rosi, Martine, Nieves, Esperanza y Lucrecia (las dos comunidades de Guinea), que se enfrenta ahora mismo, mientras tú lees esto, al rostro familiar de la desesperanza y el dolor de los jóvenes, de las familias de Evinayong y Bata.

¿Sufrimiento agravado por esta enfermedad? No lo sé; el dolor ya estaba presente en muchas partes del mundo... Esta situación solo ha añadido un motivo más de desesperación para algunos, un motivo más de entrega para otros. Ejemplos sencillos: las hermanas de Evinayong saldrán esta semana como todas las

semanas a visitar a los ancianos solos y enfermos, que no saben de pandemias, ni de fases, ni “desescaladas”, pero sí mucho sobre soledad y marginación (mientras reviso esto que he escrito, me llega la noticia de que en Guinea empieza el confinamiento. La situación empeora; sin embargo, sé que ellas no dejarán que los más débiles se sientan abandonados). Las hermanas de Bata, preparan materiales para intentar hacérselos llegar a los alumnos, no ha sido fácil (queda descartada cualquier vía que no sea la presencial), pero hoy me contaban que habían conseguido contactar con la mayoría de los alumnos de 6º de primaria... Lo harán por amor a Cristo y a los hermanos, sin pensar mucho en el contagio (son valientes, pero, no insensatas, se protegerán, claro...), sin pensar mucho en sí mismas, porque lo que importa es el hermano, y no traicionar al Maestro. Respetarán el confinamiento, pero no dejarán de acoger y recibir a todo el que las necesite en su casa porque, para muchos allí, las hermanas son una verdadera salvación...

Siguen amando, como lo han venido haciendo antes de la pandemia, y lo seguirán haciendo después: *me veréis y viviréis*, dice el Señor. Me veréis y os llamaré al amor para que tengáis verdadera vida.

Pilar Sánchez Iribarren

